

llo, cogió agua con las manos para refrescar su semblante, y parando luego la vista en una litera hecha de ramas en que yacía Lannes, á quien acababan de hacer la amputación, voló á él, le estrechó en sus brazos, manifestóle su esperanza de que no le perdería, y le halló, aunque heroico como siempre, profundamente afectado de ver tan pronto terminada para él la carrera de la gloria.

«Vais á perder, dijole Lannes, al que fué vuestro mejor amigo y vuestro leal compañero de armas. Vivid vos, y salvad al ejército.» La maledicencia, que empezaba ya á desencadenarse contra Napoleón, y á que él por desgracia había dado harta ocasión, esparció en aquella sazón rumores de haberle dirigido Lannes al morir amargas reconvenções; sin embargo, no hubo nada de esto: Lannes recibió con cierto deleite convulsivo los abrazos de su soberano, y al expresar su dolor no mezcló palabra alguna de resentimiento. ¿Ni qué falta hacían sus reconvenções? ¿No eran por ventura reproches harto crueles, y de fácil explicación para Napoleón, una sola mirada de aquel infeliz moribundo que le trajese á la memoria lo que tantas veces le había repetido acerca del peligro de aquellas guerras sin término; la vista de sus dos piernas rotas; la muerte de otro de los héroes de Italia, el general Saint Hilaire, ocurrida aquel mismo día, y por último la horrenda hecatombe de cuarenta ó cincuenta mil hombres yaciendo en tierra? Después de haber estrechado á Lannes en sus brazos, diciéndole seguramente su propia conciencia lo que el héroe moribundo no le había dicho, puesto que el genio culpable es el más severo juez de sí mismo, volvió Napoleón á montar á caballo para aprovechar lo que le quedaba de día en reconocer la isla de Lobau y dar disposiciones para la retirada.

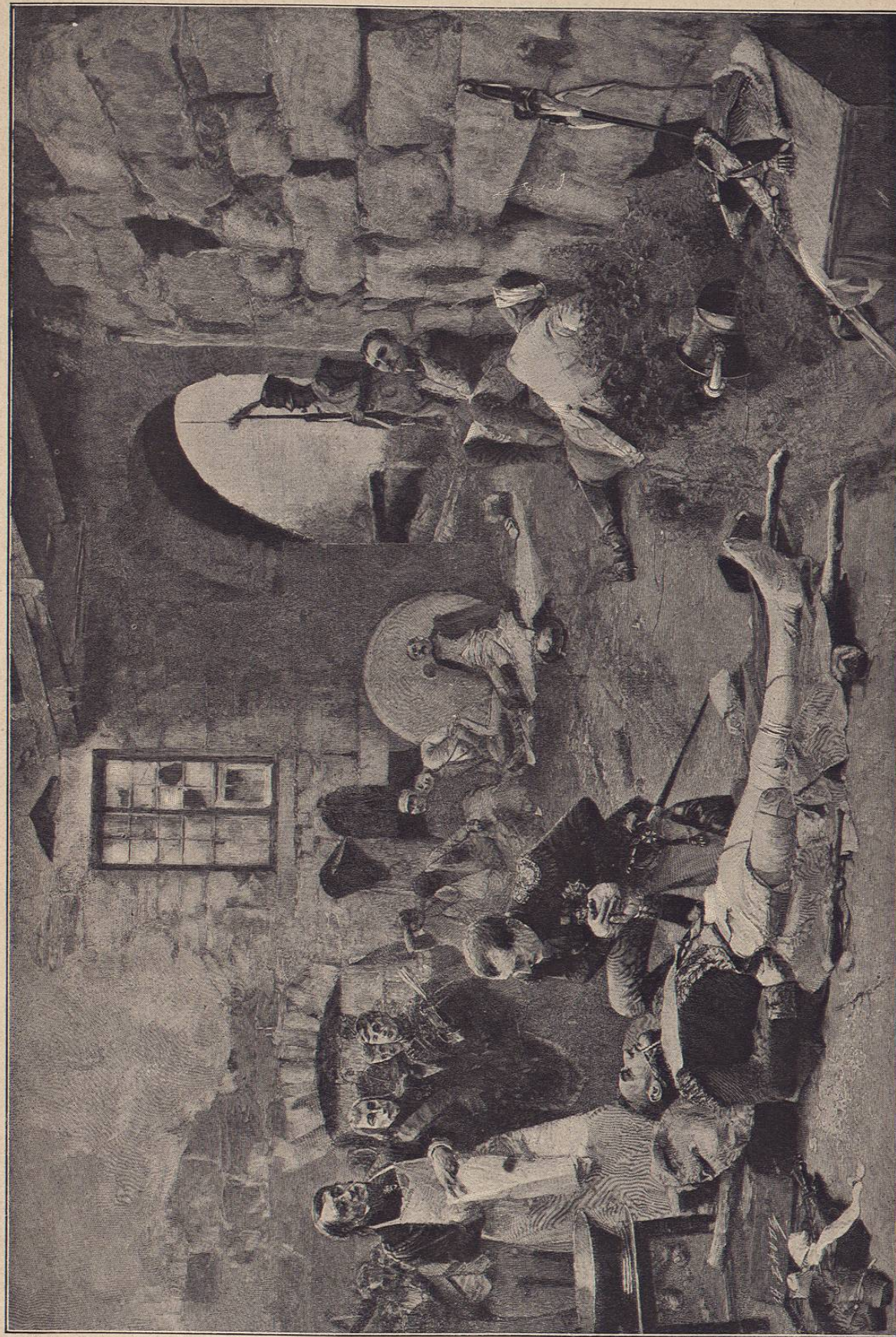
Habiendo recorrido la isla en todas direcciones y examinado por sí mismo los diversos brazos del Danubio que, convertidos en otros tantos brazos de mar, volcaban los destrozos de las márgenes superiores, se convenció de que el ejército podía tener en la isla de Lobau un campamento atrincherado donde se hiciese inexpugnable y se amparase por dos ó tres días hasta que lograrse restablecerse el puente del brazo grande. El brazo chico, que la separaba de los austriacos, no podía pasarse en presencia de Massena, que vigilaba para impedirlo: la anchura de la isla no permitía que el enemigo la hiciese inevitable para nuestros soldados inundándola de balas; por último, echando mano de todas las barcas que había en la orilla derecha, podíamos transportar municiones de guerra y de boca para que el ejército tuviese con qué subsistir y defenderse. Concebido este plan con su acostumbrada rapidez, volvió Napoleón á la noche hacia el brazo chico, adonde se había ya trasladado Massena en cuanto había creído podían confiar la custodia de Aspern á sus lugartenientes. El mariscal Bessieres, el mayor general Berthier, varios jefes de diversos cuerpos, y el mariscal Davout, que acudió embarcado de la orilla derecha, estaban ya reunidos para la entrevista que había de celebrarse en el Danubio entre los destrozos de aquella siniestra jornada. Allí fué el consejo de guerra. No acostumbraba Napoleón á reunir esta clase de consejos, en que por lo general buscan las almas indecisas, sin dar con ellas, resoluciones que por sí mismas no aciertan á tomar.

Ahora el consejo era necesario, no para que diese su opinión, sino para que escogiese el pensamiento que se le iba á comunicar, para que se penetrase bien de él, para que los que estaban desalentados volviesen á cobrar ánimo, pues era evidente que aunque su valor militar fuese indomable, no estaba su espíritu tan al alcance de las dificultades y recursos de la situación actual como se requería para dominar la sorpresa, la turbación y aun el abatimiento.

La entereza que hace al hombre superior á los reveses de la fortuna, es todavía menos común que el heroísmo que hace arrostrar la muerte. Napoleón, sereno y lleno de confianza, porque sólo veía en lo ocurrido un mero accidente que nada tenía de irreparable, excitó al cuerpo de generales reunido á su presencia á emitir su opinión. Por los discursos que allí escuchó pudo perfectamente convencerse de que las dos jornadas transcurridas habían producido una gran sensación, y de que algunos de sus lugartenientes propendían á la resolución de volver á pasar inmediatamente, no sólo el brazo chico para retirarse á la isla de Lobau, sino también el grande para reunirse cuanto antes con el resto del ejército, aun á riesgo de perder toda la artillería, todo el ganado de ésta y de la caballería, sus doce ó quince mil heridos, en suma, el honor mismo de las armas. En cuanto se hizo luz este pensamiento, tomó Napoleón la palabra con su peculiar autoridad y con aquella confianza sincera que le inspiraba la extensión de sus propios recursos, y expuso así la situación. Indudablemente, decía, la jornada había sido sangrienta; pero no podía considerarse como una derrota, puesto que se había mantenido el campo, y no era poca maravilla el haberse podido retirar sanos y salvos después de una lid semejante, sostenida con un inmenso río á la espalda y con todos los puentes deshechos.

Grande era nuestra pérdida en prisioneros y muertos, mayor tal vez que cuantas habíamos sufrido en nuestras largas guerras; pero la del enemigo había sido sin duda mayor en una tercera parte, y por lo tanto podíamos estar seguros, decía Napoleón, de que los austriacos permanecerían pacíficos por largo tiempo, y de que tendríamos nosotros tiempo de allegarnos el ejército de Italia que se acercaba victorioso por la Estiria, de restituir á las filas tres cuartas partes de los heridos, de sacar de Francia los numerosos refuerzos que iban marchando y de establecer en el Danubio puentes de madera tan sólidos como los de piedra, merced á los cuales el paso del río dejaría de ser para nosotros una operación extraordinaria. Añadía Napoleón que, todo bien calculado, cuando volviesen los heridos á las filas, toda nuestra pérdida quedaría reducida á diez mil hombres, siendo de quince mil la de los austriacos, y á que durase la campaña dos meses más; que un perenne de esta especie á quinientas leguas de París y sosteniendo una guerra gigantesca en el corazón de una monarquía conquistada, dentro de su misma capital, por ningún motivo debía sobrecojer á hombres valientes, pues era cosa muy natural y hasta plausible en cierto modo, si se tenían presentes las dificultades de una empresa que consistía nada menos que en pasar en presencia de un ejército enemigo el río más caudaloso de Europa para ir á dar la batalla al otro lado.

Así, pues, no había, según Napoleón, motivo para



EL MARISCAL LANNES EN ESSLING (cuadro de Emilio Boutigny)



alarmarse ni desalentarse. Podía hacerse un movimiento retrógrado conveniente y hasta necesario, cual era repasar el brazo chico del Danubio para encerrarse en la isla de Lobau y esperar allí el descenso de las aguas y el restablecimiento de los puentes del brazo grande: movimiento fácil que podía ejecutarse de noche, sin inconveniente alguno, sin perder ni un herido ni un caballo ni un cañón, y sobre todo sin aventurar el honor de las armas. Pero podía emprenderse otro movimiento retrógrado, deshonoroso y desastroso á un mismo tiempo, cual era el de pasar, no ya solamente el brazo chico, sino también el grande, sin orden ni concierto, en barcas que no pudieran transportar más que la gente útil, sin un solo cañón, sin un solo caballo, sin un solo herido, y renunciando especialmente á la isla de Lobau, que era una preciosa conquista y el verdadero terreno propio para un paso ulterior. Si esto se hacía, si en vez de sesenta mil que éramos al partir volvíamos cuarenta mil, sin artillería, sin caballos y abandonando por lo menos diez mil heridos que al mes podían ya estar de alta, era preciso que al regresar no nos viesan los vieneses, porque éstos colmarían de insultos á los que habían sido sus vencedores, y llamarían al archiduque Carlos para que arrojase á los franceses de una capital de cuya posesión ya no eran dignos. En este caso, á lo que debíamos prepararnos no era ya á una retirada sobre Viena, sino á una retirada sobre Estrasburgo: el príncipe Eugenio, cuando avanzase á Viena, no encontraría ya allí á los franceses, sino á los austriacos, y perecería en aquel matadero; los aliados, llenos de espanto y traidores por debilidad, se volverían contra nosotros; la fortuna del Imperio quedaría aniquilada, y el poderío de la Francia destruido en unas cuantas semanas.

En suma, previó Napoleón, y anunció con precisión, como cosa que podía consumarse en quince días, todas cuantas calamidades se atrajo con su política cinco años después, si en vez de retirarse con dignidad á la isla de Lobau se cometía la debilidad de atravesar precipitadamente el Danubio, dejando á la orilla opuesta á los compañeros heridos, los pertrechos y el honor. Por otra parte, para seguir su consejo no había que hacer grandes esfuerzos: Massena permanecería en Aspern hasta media noche, desfilaría en seguida con el ejército por el puente chico, defendería la isla de Lobau al día siguiente contra cualquier tentativa del enemigo, y esperaría detrás del brazo chico del Danubio los viveres y las municiones que se le hubiesen de enviar en barcas. Entretanto se restablecería el puente grande, y si, contra toda verosimilitud, el archiduque Carlos se arriesgaba á la ofensiva, bajando hacia Presburgo ó subiendo hasta Krems para trasladarse á la orilla derecha y disputarnos la posesión de Viena, el mariscal Davout le haría frente con sus treinta mil hombres, que valían por sesenta mil austriacos, las reliquias de los coraceros y la caballería de la guardia, que aún no habían pasado, los wurtembergueses, los bávaros y los sajones. «Massena, Davout, les dijo, vosotros vivís y vosotros salvaréis al ejército mostrándoos dignos de lo que ya habéis hecho.» Massena, aunque con frecuencia descontento y aunque había censurado con acrimonia la precipitación con que se había pasado el Danubio, arrastrado por aquellas palabras, verdadero dechado de razón y de firmeza, cogió á Napoleón de la mano y le dijo: «Señor, sois un

hombre de corazón y digno de mandarnos. No, no debemos huir como cobardes vencidos. La fortuna nos ha tratado mal; pero sin embargo, somos vencedores, porque el enemigo que se disponía á precipitarnos al Danubio ha mordido el polvo al pie de nuestras posiciones. No perdamos, no, nuestra actitud de vencedores; limitemonos á retroceder á esa isla, y yo os juro que ahogaré en el Danubio á cuantos austriacos intenten atravesarle tras de nosotros.» Davout por su parte prometió que defendería á Viena y rechazaría cualquier ataque por el lado de Presburgo ó de Krems, mientras él llevaba á cabo el restablecimiento de los puentes, operación con la cual, reunido el ejército en una sola orilla, ya nada tendría que temer del archiduque Carlos.

Todos los ánimos se tranquilizaron con el consejo celebrado á la orilla del Danubio bajo las últimas balas arrojadas por los austriacos. Convínose en que tomase Massena el mando en jefe del ejército y emplease la noche en la travesía del brazo chico, mientras Napoleón, repasando el brazo grande con Berthier y Davout, fuese á dirigir personalmente las dos operaciones que más urgían, que eran la remesa de municiones de guerra y boca á la isla de Lobau y el restablecimiento del puente principal. Separáronse todos consolados, resueltos y confiados unos á otros. Mientras volvía Massena á Aspern, Napoleón atravesó la isla en dirección al brazo principal del Danubio, después de dictar todas las órdenes necesarias: costóle algún trabajo cruzar todos los arroyos y torrentes que en lo interior se habían formado con la subida de las aguas y llegó entre once y doce de la noche á la orilla del caudaloso Danubio, que quiso pasar inmediatamente. Grave era el peligro, porque además de la completa obscuridad, había que arrostrar los enormes cuerpos flotantes que arrebatava la corriente y que chocando contra el esquife en que iba á entrar Napoleón podían sumergirlo. Pero no era posible titubear ante los grandes deberes que había que cumplir, y así con la misma confianza de César en medio de las olas del Epiro, se embarcó Napoleón en su esquife con Berthier y Savary, entregándose á unos intrépidos pontoneros que sano y salvo le condujeron á la opuesta orilla. En cuanto desembarcó en Ebersdorf dió las primeras disposiciones para atraer hacia aquel punto todas las barcas que hubiese disponibles, cargadas de galleta, vino, aguardiente, cartuchos de cañón y fusil y vendas, y conducirlas á la isla de Lobau. Bastaban por el pronto las barcas desprendidas del puente grande para llevar lo necesario al ejército al otro lado del río. Empezó esta operación aquella misma noche ó por mejor decir continuó con mayor actividad, porque después de la rotura del puente ya se había empleado este medio durante el día.

Massena, entretanto, investido con el mando en jefe, había acudido á Essling y á Aspern para disponer la retirada. Ya habían cesado los ataques directos contra aquellos dos pueblos: los austriacos se ceñían á un cañoneo cada vez más lento á medida que iba cerrando la noche, y que sólo de tarde en tarde hacía alguna que otra víctima en la obscuridad. Nuestros adversarios extenuados se dejaban caer rendidos en aquel campo de carnicería, al paso que á nosotros la vigilancia, indispensable en esta crítica situación, nos forzaba á la vela aunque fuese nuestro cansancio igual al del enemigo.



Hacia media noche hizo romper Massena la retirada, empezando por la guardia imperial, que era la que estaba más próxima al río. Cada cuerpo había de desfilar por el puente chico llevando sus heridos y sus cañones, dejando solamente sus muertos, cuyo número por desgracia era harto considerable. A la guardia siguió la caballería pesada, y como muchos soldados se habían despojado de sus corazas, hizo Massena que las recogiesen los jinetes desmontados por no abandonar al enemigo sino los menos trofeos posibles. Parte de la caballería ligera permaneció en línea con los cazadores para hacer delante de Aspern y de Essling un simulacro de resistencia. Desfilaron luego a su vez las divisiones de Saint-Hilaire y de Oudinot, llevando cada cual los heridos que aún le quedaban en el campo. Siguiéron las divisiones de Legrand y Carra Saint-Cyr, y por último, al rayar el día 23, los generales Boudet y Molitor, dejando á Essling y á Aspern, se internaron en el bosque que cubría la margen saliente del río escoltados por un ejército de tiradores. El enemigo cansado no echó de ver el movimiento retrógrado de nuestras columnas, y sólo á eso de las cinco ó las seis de la mañana empezó á sospechar nuestra retirada y trató de perseguirnos al ver que iban poco á poco desapareciendo nuestras avanzadas. Hízolo con flojedad y sin molestarnos mucho. Habiendo entrado en Essling y llegado á la orilla del río, descubrió el puente chico por donde desfilaban nuestras últimas columnas: dirigió entonces sus descargas á este punto, mientras sus tiradores nos hacían fuego atravesando el bosque. Había quedado en la orilla izquierda Massena con varios oficiales de su estado mayor, resuelto á pasar el último: advirtiéronle que nuestros destacamentos tenían ya al enemigo encima, que podía verse repentinamente acometido, y que era llegado el momento de soltar el puente y de poner término á aquella resistencia nunca vista; todo fué en vano mientras vió que había en la orilla izquierda reliquias que salvar. Acudiendo á todas partes, se aseguró por fin de que no quedaba en el campo abandonado un solo herido ni un solo cañón ni objeto alguno de valor de cuya posesión pudiera vanagloriarse el enemigo; entonces hizo recoger todos los fusiles que pudo, las corazas que yacían arrojadas á la orilla del Danubio, hizo echar hacia el río los caballos que por allí andaban sueltos y heridos para forzarlos á pasar á nado, y últimamente, seguro de que no le quedaba deber ninguno que llenar en aquella orilla, ya convertida en campo enemigo, embarcóse el último bajo una granizada de balas, tan sereno y lleno de dignidad como cuando salió de Gónova con un sencillo buque afrontando las descargas de la escuadra inglesa. Hizo cortar las amarras del puente, que giró llevado por el agua hasta tocar en la otra orilla, y en pocos minutos aportó á la isla de Lobau, contentándose los austriacos con sólo presenciar la retirada voluntaria de sus contrarios.

Así acabó aquella batalla de dos días, que fué una de las más sangrientas del siglo y que dió principio á la nefanda serie de abominables matanzas de los últimos tiempos del imperio, en que se destruía en una sola jornada tanta gente como población tiene cualquiera gran ciudad. Sería muy difícil determinar el número de los que murieron ó fueron heridos en ésta; pero puede valuarse la pérdida de los austriacos en veintiséis ó vein-

tisiete mil hombres (1), y en quince ó diez y seis mil la de los franceses. La escasez de los recursos en la isla de Lobau en los primeros momentos, tenía forzosamente que hacer en sumo grado peligrosas las heridas de los nuestros. La diferencia enorme entre las pérdidas de unos y de otros consistía en que los austriacos se habían batido constantemente á cuerpo descubierto, mientras que nosotros por el contrario habíamos estado al abrigo de varios obstáculos gran parte de ambas jornadas. Prisioneros no hubo por ningún lado, exceptuando unos pocos hechos en Essling y Aspern y enviados á la isla. Fué aquella una batalla sin más resultado que una abominable efusión de sangre, mayor como acaba de verse para el enemigo que para nosotros, y que nos dejaba todos nuestros medios de pasaje, puesto que quedaba por nuestra la isla de Lobau. La consecuencia más grave de las dos jornadas de Essling era lo que de nosotros iba á decirse, las exageraciones que iban á inventar nuestros enemigos, siempre prontos á propalar en Alemania y en toda Europa que los franceses quedaban vencidos, anonadados y en precipitada fuga; y cabalmente Napoleón, que lidiaba en medio del continente dispuesto á rebelarse y que se veía precisado á mantenerse dentro de la capital enemiga, cuyos cuatrocientos mil habitantes sólo esperaban la señal de levantarse, tenía necesidad de caminos seguros á sus espaldas para allegar sus refuerzos y no podía vivir sin el prestigio de capitán invencible. Reconociábase materialmente más fuerte que su adversario, puesto que había perdido menos fuerzas y que con aquella formidable prueba había vigorizado de nuevo el corazón de la belicosa juventud que mandaba; pero moralmente era más débil, porque sus enemigos iban á exultar con la supuesta derrota, que en realidad no era sino victoria, porque el que sostiene una lid semejante con los puentes destruidos, en rigor vence. Por lo tocante á su conducta como general no podía menos de admirarse la elección que acababa de hacer de la isla de Lobau, que facilitaba una operación en cualquier otro casi impracticable, y que permitía que una posición desastrosa de la cual sólo hubiéramos debido salir ahogados ó prisioneros, acabase proporcionándonos fácil y tranquila retirada. Pero podía censurarse la precipitación con que había querido Napoleón atravesar el río en semejante estación, antes de tener reunidos los elementos necesarios para el pasaje. En este punto era verdaderamente culpable, si bien eran tantos y tales los motivos de su impaciencia por ocupar las dos márgenes del Danubio, que bien puede perdonarse el haber confiado demasiado en su buena estrella. Su verdadera falta, y falta continua, era aquella política desenfundada que después de llevarle hasta el Niemen, de donde sólo había podido volver á fuerza de portentos, le arrastró al Ebro y al Tajo, de donde volvió solo dejándose allí la flor de sus ejércitos, y le arrastraba ahora nuevamente al Danubio, donde sólo con nuevos prodigios podía sostenerse: prodigios cuya serie podía á cada instante interrumpirse convirtiéndose en serie de desastres. Esta

(1) Su boletín oficial confesaba veinte mil; pero sabiendo hasta qué punto acostumbraban á desfigurar la verdad en su favor, debe suponerse un número mucho más considerable. Varios documentos existentes en el depósito de la guerra y emanados de los mismos austriacos nos autorizan á consignar el número indicado.

(N. del A.)

decimos que era su gran falta, verificándose en él que el general sólo erraba cuando obedecía al más imprudente de los políticos.

El archiduque Carlos, tan criticado desde entonces, con especialidad por sus compatriotas, porque es generalmente en la propia tierra donde se encuentra la más amarga censura, desplegó en esta batalla grande energía por más que se diga: que si se admira que no hubiese precipitado al ejército francés al Danubio, será porque se olvida la condición de las posiciones elegidas por su adversario, la imposibilidad de desalojar de Essling y Aspern á sesenta mil franceses, mandados por Lannes y Massena, y reducidos á morir ó vencer, se olvidan las ventajas de la isla de Lobau, que, siendo nuestros aquellos dos pueblos, podíamos tomar fácilmente y que venía á ser por lo tanto para nosotros un asilo inviolable. Queremos atravesar el brazo chico en presencia de Massena, sin puente, y aun teniéndolo, hubiera sido empresa descabellada de parte del generalísimo austriaco, empresa que sólo le critican no haber acometido los que en su caso habrían sido incapaces de llevarla á cabo. Con más visos de razón han dicho algunos jueces imparciales que durante la batalla extendió demasiado el semicírculo que trazó en torno de los franceses, hasta el punto de exponerse á que rompieran su línea por el centro; que concentrándose más hacia su derecha y empleando todas sus fuerzas en abrirse paso hacia Aspern, habría tenido quizás más probabilidades de cortarnos el acceso del Danubio. Al reproducir esta censura, debe añadirse también que si hubiera obrado de ese modo probablemente hubiera encontrado en Aspern las fuerzas que atrajo hacia otra parte, las cuales habrían acudido al único punto atacado. Después de tan espantosa lid y de esfuerzos tan heroicos, es preciso saber admirar el valor y enmudecer, cualquiera que haya sido el resultado, ante unos actos de energía que raras veces han igualado los hombres.

Pudo en verdad el archiduque Carlos hacer cosas que ni siquiera intentó, pero sólo en los días que siguieron á la batalla. En efecto, el ejército francés repartido, parte en la isla de Lobau y parte en la orilla derecha del Danubio, cortado en dos por el caudal mayor de las aguas del río, estaba en posición sumamente crítica. Cuando Napoleón, lleno de ardor juvenil, se mostraba, siendo general del ejército de Italia, tan ganoso de victorias, seguramente no hubiera desaprovechado la ocasión que en aquella sazón se ofrecía á los austriacos; porque si bien el archiduque Carlos no podía forzar el brazo chico del río que le separaba de la isla, en presencia de Massena y de los cuarenta y cinco mil hombres que tenía á sus órdenes, no era con mucho tan imposible intentar por más arriba ó más abajo de Viena uno de aquellos pasos que tanto temía Napoleón y contra los cuales había tomado tantas y tan ingeniosas precauciones.

En efecto, si el archiduque Carlos hubiese marchado sobre Presburgo, atravesado el Danubio y acometido, subiendo por la orilla derecha, al mariscal Davout, que no hubiera podido oponerle ni cuarenta mil hombres, sin duda alguna habría podido ponernos á pique de sufrir un desastre. Pero también se exponía á padecerlo, porque no necesitaba menos de dos días para bajar el Danubio y otros dos para volverle á subir, y en estos

cuatro días era muy probable que el puente grande, momentáneamente restaurado, permitiese al ejército francés pasar á la orilla derecha. En este caso el archiduque Carlos habría tenido que habérselas con ochenta mil hombres no disponiendo él más que de setenta mil á lo sumo, porque en la batalla de Essling había perdido de veintiséis á veintisiete mil. Podía, pues, ser repelido y derrotado, y dispersados sus restos hacia Hungría. Otra operación faltaba intentar, igualmente azarosa, pero aún más decisiva si salía bien, y era, en vez de tomar el Danubio abajo, subir contra su corriente, reunir los veinticinco mil hombres de Kollowrath, con lo cual hubiera ascendido el ejército austriaco á noventa y cinco mil combatientes, pasar el río por uno de los puntos que hay entre Krems y Lintz, sorprender el paso contra los sajones de Bernadotte ó los wurtembergueses de Vandamme y caer sobre las espaldas de Napoleón. El paso aquí era menos seguro, puesto que había que ganarle, pero ofrecía grandes probabilidades de buen éxito contra las tropas que guardaban el río; se verificaba con veinticinco mil hombres más; producía una concentración de fuerzas superior á todas las que podía verificar Napoleón en aquella sazón; podía hacerse en solos dos ó tres días; proporcionaba el medio de batir separadamente, antes que llegaran á reunirse, á los sajones, á los wurtembergueses, á las divisiones del mariscal Davout dispersas entre Saint-Polten, Viena y Ebersdorf; por último, en caso de salir bien, ponía á Napoleón en la misma situación en que se había visto el general Melas después de la batalla de Marengo. Pero también si ponía en semejante trance á aquel adversario y á aquel ejército, los hostigaba y forzaba á hacer esfuerzos extraordinarios que era muy dudoso poder contrarrestar, exponiéndose por lo tanto á grandes peligros. Así que este plan, como más decisivo aunque también más expuesto, era menos presumible en el archiduque.

Dejando á un lado estas diversas combinaciones, el archiduque Carlos pensó de otra manera, ó por mejor decir, obró de otro modo, porque en semejantes ocasiones no se razona, sino que cada cual obra instintivamente según su carácter. Ni hubiera sido esto una falta en él si, siguiendo el plan más adecuado á su genio, hubiera hecho todo lo posible y conveniente según el sistema adoptado. Hasta el 23 de mayo, es decir, hasta el día después de la batalla, no supo si era ó no vencedor, y aunque escribió á todas partes que lo era, no tenía un convencimiento serio de ello, porque á pesar de haber impedido que Napoleón desembocase al otro lado del Danubio, no había podido evitar que se retirase pacíficamente á la isla de Lobau, que mantuviese su campo de batalla y sobre todo que conservase los elementos para un pasaje ulterior. Además de que su triunfo podía considerarse como dudoso, el archiduque se hallaba sumamente debilitado de resultas de aquellos dos días de encarnizada pelea. Su ejército, disminuido en una tercera parte, estaba rendido de cansancio y con un abatimiento de que no se hacen cargo los que juzgando á los generales después de pasado el hecho, los censuran porque no siguieron unos planes en que ni siquiera pudieron ni debieron pensar ante la realidad de las cosas. Ya él personalmente estaba poco dispuesto á volver á empezar la lid: veíase por la vez primera